

# ¿SERÁS LO QUE DEBÉS SER?

La formación de docentes se tuvo que reconfigurar por las dificultades inéditas que trajo la pandemia de covid-19. Esta encrucijada abre una serie de interrogantes acerca del futuro de la enseñanza. La urgencia, sin embargo, sirvió de acicate para imaginar nuevos modos de enseñar.

## Anabella Rondina

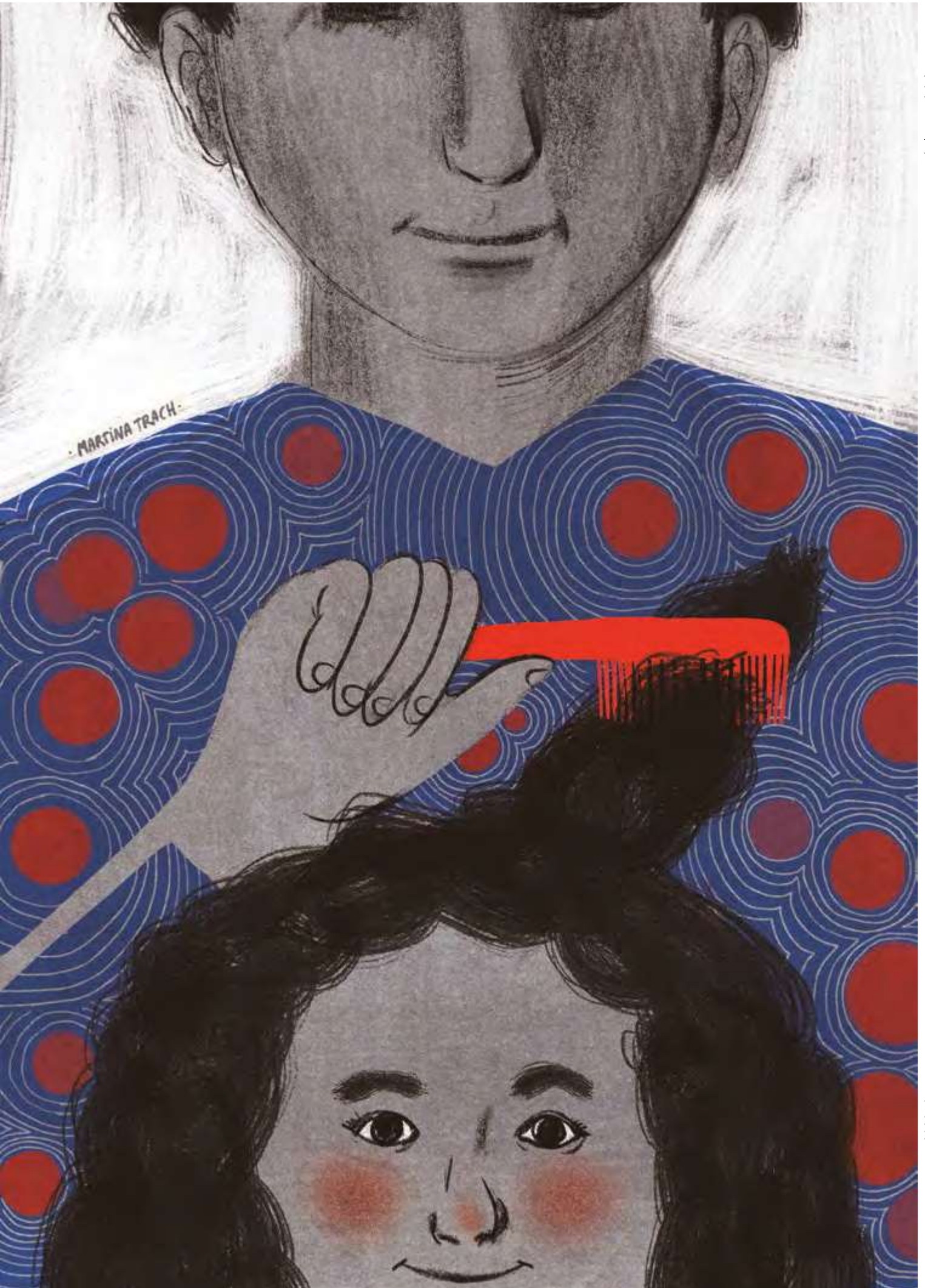
Es Diseñadora Industrial de la Universidad de Buenos Aires y Especialista en Gestión Estratégica de Diseño (Universidad de Buenos Aires-Politécnico de Milán). Docente de la Carrera de Diseño Industrial en esta misma institución desde 1995, dirigió entre 2016 y 2018 esa carrera. En 2016 se incorpora a la Universidad Nacional de Hurlingham, donde arma el proyecto de la Licenciatura en Diseño Industrial, que actualmente dirige y de la cual es Profesora Titular Regular.

¿Q

ué querés ser cuando seas grande? ¿Cuántos caminos pueden conducirnos a lo que en definitiva seremos, o aquello en lo que trabajemos? ¿Trabajaremos en lo mismo toda nuestra vida? ¿Viviremos trabajando o el trabajo será una parte de nuestras vidas?

Nuestro futuro en torno al mundo del trabajo se moldea desde la infancia. Los juegos y juguetes, interfaces para recrear muchas veces el mundo adulto, vienen *seteados* para que las niñas se especialicen en la crianza y las tareas del hogar, mientras que a los niños se les abre una gama de oficios, para que se formen como astronautas o superhéroes que salvarán al mundo y a sus princesas.

Así crecimos: las nenas en rosa y los nenes en gamas de azul. Y cuando como adultos compramos juguetes para regalar, abonamos a este formato. Desde el instante en que entramos a una juguetería, nos preguntan si el regalo que buscamos es para un nene o una nena. Si la opción es “nene”, inmediatamente somos conducidos a la góndola de los juguetes de acción y construcción, autos, armas y superhéroes. Si la respuesta es “nena”, el destino son las góndolas repletas de productos rosa, con muñecas, planchas, cocinitas, escobitas y disfraces de princesa.



## Así crecimos: las nenas en rosa y los nenes en gamas de azul. Y cuando como adultos compramos juguetes para regalar, abonamos a este formato. Desde el instante en que entramos a una juguetería, nos preguntan si el regalo que buscamos es para un nene o una nena.

Y así es que, desde niñas, nos enseñan o adoctrinan sobre qué esperar o aspirar a ser como mujeres en el mundo adulto, en el cual nos ocupamos de las tareas de la casa y de cuidados, en una proporción mucho mayor que los hombres. Según un estudio realizado por Ecofeminita, sobre la base de la encuesta permanente de hogares del INDEC, en el cuarto trimestre de 2021, el 70% de las tareas domésticas son realizadas por mujeres<sup>1</sup>.

El mundo del trabajo (fuera del hogar) y el ser mujer también traen otro tema no menor: la crianza. Hace un tiempo, revisando currículums, me topé con el de una profesional que explicitaba que, en un determinado período de su historia laboral, la ausencia en su actividad se debía a que se encontraba maternando. Fue la primera vez que reflexioné sobre que debería ser lógico que podamos elegir materner, que esté incluido en nuestra vida profesional, sin que sea un perjuicio en nuestras carreras o se convierta en un prejuicio a la hora de elegirnos en un puesto de trabajo. Además, ¿cuántas veces como madres trabajadoras nos encontramos en la tensión de no sentirnos en el lugar correcto? Si estamos en casa cuidando un niño enfermo, sentimos culpa por no estar en el trabajo. Si estamos en el trabajo, sentimos culpa por dejar a nuestros hijos pequeños en casa, al cuidado de otra, que a su vez siente la misma culpa si es madre. Y así, siempre estamos en tensión, nunca sintiéndonos en el lugar correcto.

Cuando comenzamos las reuniones sobre Ciencia y Género en la Universidad Nacional de Hurlingham, me tocó participar como oradora en uno de los encuentros. Pensando sobre lo que iba a decir, dediqué un tiempo a reflexionar sobre mi historia y llegué a algunos hallazgos interesantes. Me di cuenta de que me había criado en una

casa feminista, con padre y madre compartiendo tareas del hogar, con una madre universitaria (primera generación) que había luchado por estudiar una carrera sin apoyo familiar ya que su destino (por su condición de mujer) era el de ser esposa, madre, a lo sumo maestra. Así fue que me criaron (en plural) una madre que trabajaba mucho en su profesión, elegida junto a un padre que coparticipaba de todas las tareas hogareñas, las cuales se repartían por igual. Aún recuerdo las mañanas en que era mi papá el que debía lidiar con una cabeza repleta de rulos enmarañados, enfrentando la difícil tarea de peinar a una pequeña de 4 años para ir al jardín porque mi madre se había ido más temprano a trabajar. También recuerdo que era él quien muchas veces me buscaba en el jardín de infantes y me llevaba a su trabajo, un laboratorio de la Facultad de Farmacia y Bioquímica de la Universidad de Buenos Aires, donde yo esperaba a que terminara su jornada laboral para ir a casa. Y en ese contexto, en esa espera en aulas de facultad, rodeada de pizarrones, tizas y mesadas de laboratorio, comenzó a forjarse mi futuro como profesional y docente universitaria.

El futuro del trabajo que mi mamá había logrado, fue a contracorriente, ya que no era “normal” para la época que una mujer estudie una carrera universitaria, menos una científica, y que lo hizo a pesar de no tener apoyo familiar y gracias a la universidad pública. No fue natural que mi papá estuviera codo a codo llevando a cabo las tareas domésticas y de crianza, no era así en las casas de la mayoría de mis amigos. Pero evidentemente las cosas comenzaban a cambiar por la fuerza de muchas otras como mi madre, seguramente también de mujeres de generaciones anteriores como la de mi abuela.

Y gracias a la lucha de mi madre por tener otro rol, no fue casual que yo tuviera la posibilidad de jugar no solo con muñecas, sino que pude hacerlo con juegos de construcción, armando máquinas, jugando con *rastis* y otro sin fin de juguetes que marcaron de alguna manera mi destino profesional. Y así como la historia de mi madre fue de lucha para ser universitaria, la mía fue de elección libre de una carrera universitaria no tradicional, Diseño Industrial, de la que se conocía poco y en la cual éramos muy pocas las mujeres que la escogíamos en 1990.

Así me inserté en el mundo del trabajo con una carrera universitaria elegida desde el deseo, en una disciplina en la cual se aprende haciendo, que permite transformar la realidad, a la cual cada vez se suman más mujeres (por primera vez en la Universidad Nacional de Hurlingham, más del 55% de los preinscriptos a la fecha para el ciclo 2023, son mujeres).

El mundo del trabajo que comencé a transitar en los noventa, es bastante distinto al actual. La participación de las mujeres en varias áreas comienza a ser habitual e impulsa incluso cambios en las estructuras edilicias.

1- Ecofeminita. (2022, -Ecofeminita/EcoFemiData: informes ecofemidata. Zenodo. <http://doi.org/10.5281/zenodo.4540185>

## Un montón de frases hechas asocian el trabajo al sacrificio: la plata se gana “con sacrificio”, “con el sudor de la frente”, y así dejás la vida haciendo probablemente algo que no te gusta, donde muchas veces te explotan, que pocas veces elegís.

Muchas veces, las fábricas no contemplan baños/vestuarios para mujeres en las áreas técnicas y de producción, porque no eran contratadas en estos sectores, sino en áreas administrativas.

Me interesa también reflexionar sobre otro aspecto asociado al trabajo y me hago las siguientes preguntas. ¿Para qué se trabaja? ¿En qué condiciones nos “ganamos” la vida? ¿Pude elegir en qué trabajar? Un montón de frases hechas asocian el trabajo al sacrificio: la plata se gana “con sacrificio”, “con el sudor de la frente”, y así dejás la vida haciendo probablemente algo que no te gusta, en el que muchas veces te explotan, que pocas veces elegís, además si sos mujer ganás menos, haciendo lo mismo que los hombres y tenés menos oportunidades de ascender.

Desde la definición misma de la palabra “trabajo”, no aparece nada asociado con el placer y el disfrute. Para la Real Academia Española, las siguientes son las definiciones de la palabra “trabajo”:

- 1.m. Acción y efecto de trabajar.
- 2.m. Ocupación retribuida.
- 3.m. Obra (cosa producida por un agente).
- 4.m. Cosa que es resultado de la actividad humana.
- 5.m. Operación de la máquina, pieza, herramienta o utensilio que se emplea para algún fin.
- 6.m. Esfuerzo humano aplicado a la producción de riqueza, en contraposición a *capital*.
- 7.m. Lugar donde se trabaja.
- 8.m. Dificultad, impedimento o perjuicio.
- 9.m. Penalidad, molestia, tormento o suceso infeliz.

De las nueve definiciones, ninguna habla de la realización personal, de pasarla bien, de disfrutar, o algo que mínimamente tenga que ver con el placer.

También la etimología de la palabra trabajo proviene de la derivación del verbo trabajar, registrándose en el latín vulgar *tripaliäre*, interpretado como ‘torturar’, teniendo la

raíz en el latín tardío *tripalium*, en referencia a un artilugio de tortura que usaban los antiguos romanos para castigar a los reos o condenados.

“La culpa y el deber”, un texto de Mariana Saavedra publicado en @sudestadarevista, trae a colación el tema de la salud mental:

*Se puede ser muy buenx en lo que unx hace para ganarse la vida, se puede ser excelente pero no puede, no, no puede ser el laburo el eje de nuestra historia...me pregunto a diario cuántas cosas nos perdemos en nombre de la vocación y la responsabilidad. Mi salud mental me enseñó que perdí un montón”.*

Y las estrofas de la canción *Canguro* del artista Valentín Oliva, alias “Wos” van por un camino similar:

*No para de toser, trabajando doce horas Cobra dos monedas al mes, pa’ mantener cuatro personas Y no hables de meritocracia, me da gracia, no me jodas Que sin oportunidades esa mierda no funciona Y no, no hace falta gente que labure más Hace falta que con menos se puedan vivir en paz*

El trabajo es muy importante, y si uno puede elegir de qué trabajar, es un privilegiado, es la situación ideal. Pero el trabajo debería ser una parte de nuestras vidas, no el todo. El aprendizaje del lado laboral de la vida debería incorporar que se pueda disfrutar de otras cosas también, no de vivir para trabajar. Que nos permita incorporar cambios, porque cada vez vivimos más años, los cambios del contexto son muy vertiginosos y vamos a necesitar reinventarnos, si lo necesitamos o deseamos. Creo que las generaciones más jóvenes tienen esto más claro, que el disfrute es una parte importante de la vida. El avance de la tecnología, la Industria 4.0 (que permite entre otras cosas mejorar la productividad y eficiencia en el uso de recursos) debería no dejar gente fuera del sistema, sino liberar tiempo de nuestra vida para otras cosas que son importantes, ¡muy importantes!

Mientras termino estas palabras, mi madre me lee un texto que se llama “Una historia para pensar” y que habla del “después”. Hoy, a sus 87 años, sigue trabajando como farmacéutica y si bien lleva el deber ser a cuestras, me comparte un escrito que no recuerda de dónde sacó pero que atesora en su computadora. El texto plantea que siempre decimos “después” a la felicidad y nos olvidamos de disfrutar el “mientras”, el “ahora”. Tal vez suene a frase de autoayuda, pero siento que necesitamos empezar a disfrutar del proceso, del trabajo que tenemos, de la vida que llevamos. El disfrute debería estar incorporado tanto como el deber ser del trabajo, porque nuestras vidas están demasiado llenas de fuegos y despueses. ■